

DEMONIOS

Cuando la mujer entró en el retén, lo primero que llamó la atención de Manolo fue su aspecto. Su pelo blanco y ralo cayéndole sobre la frente, su rostro desencajado y sudoroso, con las gotas colgándole de la barbilla y los ojos abiertos y espantados, como los de un pez. Después vio el hacha que sujetaba apretando con fuerza su mango, sus manos y sus brazos desnudos cubiertos de sangre y la ropa salpicada por ella. Manolo, policía local de su pequeño y apacible pueblo desde hacía cinco, nunca había presenciado una entrada tan espectacular.

Acababa de comer y estaba medio adormilado detrás de su mesa, frente al ventilador. Afuera, la temperatura rondaba los cuarenta grados. Era día de sombra y botijo. Estaba solo; el cabo nunca acudía hasta las horas de la fresca, y no había más fuerza policial en el pueblo que ellos dos. Suficiente para los escasos trescientos habitantes que en aquel momento estarían durmiendo la siesta o viendo el culebrón de turno.

El retén era un cuchitril pequeño y oscuro situado en un lateral del ayuntamiento, que lo había provisto de un par de mesas, cuatro sillas, una máquina de escribir y un archivador de madera con cinco cajones. Una reja de hierro necesitada de una buena mano de pintura separaba la oficina del estrecho calabozo, que parecía condenado a permanecer vacío a perpetuidad. Hacía más de treinta años que no tenía inquilinos. El último fue un tal Eusebio, según le había contado el cabo. Al parecer estuvo persiguiendo a su vecino Aurelio a través de viñas y sembrados, escopeta en ristre, canana al hombro, apretando el gatillo una y otra vez, con la intención de resolver de una vez por todas un viejo contencioso que mantenían ambas familias debido a una transacción, con unas ovejas de por medio, que sus abuelos habían sellado años antes

con un apretón de manos. Dos generaciones más tarde, el apretón de manos había derivado en una violenta sucesión de agresiones mutuas. El Eusebio y el Aurelio estuvieron un buen rato corriendo y brincando entre sarmientos desnudos, estampidos y lluvia de perdigones. Al final, el Eusebio se quedó sin cartuchos y sin resuello, y el Aurelio pudo llegarse, indemne, hasta el retén de los municipales. El resto es historia. Del calabozo, claro.

La mujer se quedó en la puerta, jadeando, sujetando el hacha con firmeza. Era la señora Clotilde, la curandera. Manolo la conocía bien, pues parte de su niñez había transcurrido en su consulta. Dolores de vientre, falta de apetito, migrañas. Su abuela no se lo pensaba dos veces, y en cuanto aparecían los primeros síntomas de algún desarreglo, lo agarraba de la mano y se lo llevaba a la señora Clotilde, la misma que ahora estaba delante de él cubierta de sangre y con un hacha entre sus manos.

Fue entonces cuando reaccionó y se acercó a ella alarmado.

- ¡Dios! ¿Qué le ha pasado?

- Nada –respondió ella esforzándose por recuperar el resuello-. No te preocupes, hijo, la sangre no es mía.

- ¡Joder, joder, joder! –Manolo la rodeó, confuso, acercándose y apartándose de ella como movido por impulsos.

- Creo que he malherido al Nicolás.

El Nicolás era su marido. En realidad no estaban casados, pero llevaban juntos más de cuarenta años, una extraña relación de amor-odio. Ella le aguantaba sus excesos con el vino y él soportaba la presencia, la cháchara y los lamentos de los enfermos. Él trabajaba su huerta y ella le lavaba la ropa y le preparaba todos los días un plato de caliente. Y, de vez en cuando, cohabitaban. Seguramente sin pasión, respondiendo más a un deseo físico que amoroso.

- ¡Joder, joder, joder!

- Está en la casa. Hemos discutido durante la comida, ¿sabes? Me ha pedido algo, eso que siempre andáis pidiendo los hombres sin importaros la hora, el momento o las ganas de una, y yo no quería; entonces ha empezado a quejarse de los garbanzos. Lleva toda la vida comiendo mis garbanzos y hoy le parecían duros, al señorito. ¡Como si la culpa fuera mía!. Yo me limito a ponerlos en remojo, y si no se reblandecen lo bastante pues me aguanto y ya está, como se ha hecho siempre. Cierto es que hoy estaban algo enteros, pero masticando, masticando, te podías hacer con ellos. Y si el Nicolás ha perdido casi toda su dentadura, tampoco creo que sea culpa mía, ¿verdad?. Joder, si fuera un caballo no lo querría nadie.

- ¡Está bien, está bien! Vamos a tranquilizarnos. Para empezar, será mejor que me entregue ese hacha, señora Clotilde.

Manolo la agarró sin poder contener su aprensión y tiró de ella con suavidad, pero la mujer, con la mirada perdida, parecía determinada a no soltarla.

- Prefiero conservarla, Manolo. Por si se reanima.

- ¿Cómo que por si se reanima? Joder, señora Clotilde, así no vamos a tranquilizarnos –Manolo soltó el mango y se limpió la palma de las manos en los pantalones-. De acuerdo, de acuerdo, olvidemos el hacha.

- Me ha obligado a usarla. Es la que tenemos en el corral para hacer leña. Siempre me toca a mí hacer los tarugos; si quiero que la estufa marche como Dios manda tengo que pasarme todo el invierno dale que te pego. El Nicolás siempre me dice que él no pasa frío, y que al que le pique que se rasque. Dice que hay otros modos de calentarse. Pero ahora estamos en verano, ¡y qué verano! Hasta la sombra huye del sol. Así que cuando le vi venir hacia mí, desabrochándose el cinturón y con ese brillo malicioso en los ojos, me acordé del hacha.

Manolo fue hasta la percha clavada en la pared, junto a su mesa, y descolgó el cinturón con el revólver. Lo colocó alrededor de su cintura con dedos temblorosos, apartando la vista de la mujer más tiempo del que hubiera deseado mientras intentaba acertar con la aguja de la hebilla en el agujero correcto.

- Ande, señora Clotilde, será mejor que vayamos a ver –dijo, sacudiendo las palabras como si se le hubiesen pegado a la lengua.

- Sí. Será lo mejor –admitió ella, y pareció recuperar la mirada.

Salieron a la calle y el sol se cebó en ellos con furia. Quemaba. Manolo entornó los ojos, heridos por la luz caliente. La señora Clotilde no.

- ¿Con qué le ha golpeado? –preguntó él- ¿Con el mango o con la hoja?

Pero la sangre que escurría por el filo evidenciaba su uso.

- ¿Tú qué crees?

- ¡Joder, joder, joder!

Avanzaron por las estrechas calles, flanqueadas por viejas casas blancas, sus muros de piedra recién encalados, con el cemento del suelo derritiéndoles las suelas de los zapatos.

- Sabía que alguna vez pasaría algo así –confesó él, afligido. Su garganta necesitaba agua. La misma que perdía por las palmas de sus manos y escurría de sus axilas-. No debí hacer caso a mi padre. “Métete a municipal, hijo, hazme caso”, decía a menudo, “viven como Dios. Ahí los tienes, todo el día sentados, echando tripa y con el sueldo seguro. Todo lo que tienen que hacer es estar en el cuartelillo y salir en las procesiones”.

Desde alguna casa les llegó el sonido de un televisor. Ningún otro ruido turbaba el silencio perezoso de la tarde.

- Oh, basta ya, Manolín. Haz el favor de callarte –le espetó ella con su voz chirriante. Él la miró y le pareció ver que sus labios reseco se curvaban ligeramente hacia arriba, intentando formar una sonrisa-. ¿Para qué crees que te paga el municipio? Si tu abuela pudiera verte ahora se avergonzaría de ti. Tan espabilado que parecías cuando te traía a casa, y te has convertido en un verdadero quejica.

Manolo volvió a acordarse de su abuela y de las visitas a la señora Clotilde. Mientras las dos mujeres hablaban, él se sentaba sobre la enea de una vieja silla y la señora Clotilde se le acercaba con un candil, tomaba uno de sus dedos –no recordaba cuál-, lo llevaba hasta el aceite y lo empapaba bien en él. Aquella ceremonia siempre le causaba una especie de letargo, una debilidad en su ánimo, una leve y agradable pérdida de la voluntad. Después, la señora Clotilde le conducía el dedo, aceitoso, hasta un plato hondo de porcelana lleno de agua, y dejaba que el aceite goteara en él. Después emitía su diagnóstico e, invariablemente, le daba a su abuela la receta de alguna cataplasma pringosa. Por la noche, en casa, se efectuaba la mezcla de la harina con el agua caliente, el vinagre y Dios sabe qué otras porquerías, hasta obtener una pasta blanda y maloliente; luego se depositaba sobre un trapo limpio y se aplicaba contra el vientre, bien sujeto todo ello con una bufanda anudada a los riñones. Y a dormir. Al día siguiente, cuando despertaba, la masa reseca le picaba horriblemente en la piel.

- ¿Te he hablado alguna vez de los demonios, hijo? –le preguntó la señora Clotilde de repente.

Manolo dio un respingo. Estaba nervioso.

- No –respondió.

- Están por todas partes, y cada día hay más. Aquí, en el pueblo. Créeme. Los veo casi todos los días, pero sé disimular bien.

- Joder, señora Clotilde, está usted como una chota. Me está asustando.

Manolo siguió caminando, pero decidió que era mejor mantenerse algo separado de la mujer. Pensó en avisar al cabo, sería lo más prudente. Pero aquella mujer no estaba bien, había perdido su cabeza en algún lugar desconocido durante los últimos años y cabía la posibilidad de que estuviera inventándolo todo, y en ese caso el cabo pasaría el resto de su vida choteándose de él, otra anécdota que contar, y en el bar de Juan no habría otro tema de conversación durante una buena temporada.

Pero la sangre es real, Manolo.

Y si no lo es, lo parece. Vaya si lo parece.

- ¡Mi gorra! —exclamó de repente, palpándose el pelo con una mano- ¡Me he dejado la gorra en el retén. Maldita sea!

- Olvídate de la gorra y escúchame. Debes tener cuidado con los demonios. Se apoderan de la voluntad de uno y le obligan a hacer cosas que no haría nunca de normal.

Allí comenzaba el rastro, el goteo de la sangre sobre el suelo.

- Te anulan —continuó ella-, pierdes el sentido de las cosas, dejas de ser dueño de tus actos, y luego no te acuerdas de nada. Lo saben hacer muy bien, vaya que sí. Pero a veces cometen errores y yo me doy cuenta, y disimulo, porque la cosa no va conmigo — hizo una pausa-. Hasta hoy.

Manolo tenía sus ojos abiertos como platos y miraba hacia abajo. Giraron la última esquina. Más gotas sobre la cantonera. Y finalmente la casa de la señora Clotilde, con la puerta abierta y los canutillos de la cortina colgando indiferentes a la tragedia. Algunas moscas zumbaban por allí.

- Espere aquí y no se mueva —le indicó Manolo.

- ¿Puedo ponerme a la sombra?

- Haga lo que quiera, pero no se me vaya lejos.

Manolo apartó con cuidado la cortina y escrutó la oscuridad del zaguán. Sintió el fresco en la cara y eso le alivió un poco. Dejó pasar unos segundos para que sus ojos se adaptaran a la negrura.

- El Nicolás estaba lleno de demonios –continuó ella, a la sombra de una pared-. Y, créeme, no me hubiese importado mucho de no ser por lo que dijo.

- ¿Qué le dijo? –Manolo dio un par de pasos a tientas y tropezó con algo.

- El muy estúpido se levantó de la mesa y se acercó a mí, con los ojos brillantes y gritando: “Voy a poseerte, quieras o no”.

Manolo vio un brazo delante de sus pies y trastabilló un poco hacia atrás.

- ¡Oooh! ¿Qué ha hecho señora Clotilde, qué ha hecho? Aquí hay un brazo.

- Sí. Ya te dije que lo había malherido.

Manolo pasó por encima de la extremidad y se obligó a avanzar, y si lo hizo despacio no fue por cautela sino por miedo, bien pegado a la pared y con unas tremendas ganas de orinar; la puerta de la cocina estaba allí mismo, entreabierta. Se asomó y vio la comida esparcida sobre la mesa, y unas manchas oscuras cubriendo las paredes y el suelo, y el Nicolás, o lo que había sido el Nicolás, tirado entre dos sillas, doblado sobre sí mismo al abrigo de un charco de sangre.

La señora Clotilde entró tras él, pero Manolo estaba tan absorto, la mandíbula caída, los ojos hipnotizados por el horror, el pulso acelerado, la respiración entrecortada, que no oyó los canutillos chocando entre sí. Ni siquiera pudo escuchar las palabras de la mujer.

- Tu abuela siempre decía que eras muy espabilado, que llegarías lejos. A veces decía que eras un diablillo, y a mí me hacía gracia –se detuvo tras él-. Un diablillo. Qué gracia. ¿Cómo no me di cuenta antes? –hizo una pausa y respiró hondo-. Por supuesto que eras un diablillo; pero han pasado los años y has crecido, vaya si has crecido, y ya

no eres el diablillo que hacía gracia. Ahora eres un auténtico diablo; un diablo de tomo y lomo –. Levantó el hacha en el aire.

Manolo salió de su estupor como quien sale de una densa nube de humo.

- Tengo... tengo que avisar al cabo –su voz se convirtió en un tímido balbuceo, y se dio la vuelta. La señora Clotilde estaba sonriendo, ahora lo veía claramente, y mantenía el hacha en alto.

- No puedo permitir más diablos en este pueblo maldito –añadió ella.

Y dejó caer el hacha hasta catorce veces.

PERULA